

De las emociones darwinianas a los afectos de la vitalidad o del tiempo de la evolución al eterno retorno del devenir

Silvia Español

Universidad de Buenos Aires
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Resumen

En el trabajo se realiza un breve punteo histórico del modo de comprender el mundo emocional en la psicología académica, en particular, en la psicología del desarrollo, a lo largo del siglo pasado y en los principios de éste. Se parte de la incorporación de la concepción de las emociones de Darwin hasta los estudios de la infancia durante la década de los setenta, se señala su enlace posterior con los estudios en el área de teoría de la mente y con el concepto de intersubjetividad proveniente de los estudios de interacción temprana. Se describe luego la entrada en escena de sentimientos temporales –los afectos de la vitalidad– que trascienden las emociones básicas darwinianas y que vinculan el mundo emocional con la música. Finalmente, se sugiere que el sentido de los afectos de la vitalidad puede escucharse en la idea nietzscheana de la música como símbolo del devenir.

Palabras clave: emoción, psicología del desarrollo, afectos de la vitalidad, música, Darwin, Nietzsche.

Abstract

In this work a brief historical description of the different ways in which the emotional world was understood in academic psychology is portrayed, particularly in the developmental psychology of last century and of the beginnings of the current century.

The starting point is the incorporation of Darwin's conception of emotions into the study of infancy in the 1970s, and how this conception is linked to the research of the theory of mind

NOTA: Agradezco a Florentino Blanco que me sugiriera la trama de este trabajo y a Jorge Castro que me regalara el libro de Picó Sentelles, anticipándome lo que encontraría en él.

and to the concept of intersubjectivity that pertains to the research of early interaction. After that, the introduction of temporal sentiments, namely the vitality affect, is examined. These temporal sentiments transcend the basic Darwinian emotions and link the emotional world with music. Finally, a suggestion is made that the sense of the vitality affects can be heard in Nietzsche's idea of music as symbol of the eternal return of the becoming.

Keywords: emotion, developmental psychology, vitality affects, music, Darwin, Nietzsche.

En *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (1872), Charles Darwin introdujo el tiempo de la evolución en la expresión del mundo emocional. Supuso que el hábito de expresar los sentimientos mediante ciertos movimientos, aun cuando ahora resulte innato, habría sido adquirido por algún camino de forma gradual, y defendió la existencia de un conjunto reducido de expresiones emocionales universales. Como señala Fernández (1998), la separación, desde casi los inicios del siglo XX, de la psicología de los problemas biológico-evolutivos fue imponiendo la creencia de que todas las funciones psíquicas del organismo son aprendidas, y la defensa de Darwin fue dejada de lado durante años. La preocupación acerca del mundo emocional no estuvo ausente en la psicología de principios y mediados de siglo, basta recordar la teoría de las emociones de William James o las hipótesis freudianas de la formación del aparato psíquico. Pero las concepciones de James y de Freud, así como las de Piaget y Vygotski, fueron homogéneas en cuanto a la escasa atribución de capacidades cognitivas o emocionales al niño. Fueron fundamentalmente Ekman (1971) e Izard (1979) quienes retomaron la idea darwiniana, llevaron al laboratorio el estudio de la expresión e interpretación de emociones y obtuvieron resultados que confirmaron la existencia de unas pocas «emociones básicas y universales –ira o enojo, miedo, alegría, desagrado, tristeza, interés, sorpresa– a cada una de las cuales le corresponde un despliegue facial discreto e innato».

A partir de esta misma época, se detectaron otras tantas capacidades tempranas, como la imitación neonatal o la percepción intermodal (puede encontrarse una reseña en Enesco, 2003), y el bebé empezó a ser considerado como un ser que desde el inicio posee cierta organización, está orientado al mundo y es capaz de entrar en contacto con los otros.

Hacia los años ochenta, el estudio de las emociones se entroncó con un tópico central de la psicología del desarrollo anglosajona, esencialmente representacionista: el *sistema de teoría de la mente*. Un sistema cuya adquisición supone la posesión de los conceptos de «yo» y del «otro» y la comprensión del mundo mental como representacional. El cruce se produjo al intentar explicar la ontogénesis del sistema. Algunos dieron explicaciones netamente representacionales (Leslie, 1987), otros, explicaciones

de índole teórica inferencial (Gopnik y Meltzoff, 1997), y otros incorporaron el concepto de intersubjetividad respetando el enlace íntimo que éste tiene con el mundo emocional en la formulación originaria de Trevarthen (Rivière, 1997; Hobson, 1993). Desde esta última perspectiva, el mundo emocional se convierte en fundamento del desarrollo. Se acuerda que la adquisición del sistema de teoría de la mente, formado por conceptos, se asienta sobre las experiencias de intersubjetividad tempranas de naturaleza no conceptual. Las primeras experiencias de intersubjetividad –concebidas como el producto de dos capacidades iniciales: la capacidad de expresar emociones y la imitación– conforman el lecho de experiencias compartidas sobre el que se desplegarán los significados acerca de las acciones humanas. Y, a partir de ellos, se construirán paulatinamente los conceptos de *yo* y el *otro*, se irá gestando una organización narrativa del mundo interpersonal y se adquirirá el lenguaje (Bruner, 1990). Del cruce teórico con el ámbito de teoría de la mente, el mundo emocional darwiniano salió fortalecido: las emociones son el cimiento del sistema de teoría de la mente, por tanto de los *conceptos* del *yo* y el *otro*, de la *comunicación*, del *pensamiento narrativo* así como de la *adquisición del lenguaje*.

Pero el concepto de *intersubjetividad*, tal como se lo concibió en los estudios de interacción temprana, presentaba un rasgo que tendió a ser soslayado en el área de teoría de la mente: el *tiempo* en el que acontece la interacción. Las experiencias de intersubjetividad no ocurren sólo porque el bebé y el adulto pueden expresar e imitar sus expresiones emocionales, sino porque el fluir de intercambios de imitaciones mutuas, así como la sincronía interactiva que se establece entre ellos, permiten compartir *patrones temporales* que facilitan la armonía del estado afectivo (Trevarthen, 1998). En realidad, los estudios de intersubjetividad hicieron entrar en escena el *tiempo musical*. Se observó la presencia de componentes proto-musicales que dan lugar a una comunión de sentimientos y a la transmisión de significados difusos (como la reciprocidad rítmica de movimientos que permiten implantar una sintonía mutua de *sentimientos dinámicos*, o los contornos melódicos del habla parental mediante los cuales se regula el estado emocional del niño); se señaló que las interacciones de la díada están reguladas por un pulso subyacente, etc. (en Trevarthen, 2000, puede encontrarse una exposición). A favor de la hipótesis de una incidencia musical en las experiencias de intersubjetividad está la prolífica investigación, en psicología, de la música, que en los últimos años ha puesto de relieve la existencia de capacidades musicales tempranas en los bebés y de cualidades musicales en las estimulaciones parentales (para una reseña puede verse Treuhb, 2000 y Dissanayake, 2000).

Se inicia así un cambio de sensibilidad en la comprensión del mundo emocional que Daniel Stern (1985, 1995 y 2000) extrema al hablarnos de modos de sentir dinámicos, de cualidades emocionales que no están reflejadas en el léxico de los afectos darwinianos, sino que se describen mediante términos dinámicos como agitación,

desvanecimiento progresivo, fugaz, explosivo, estallido, dilatado: los *afectos de la vitalidad*.

Los afectos de la vitalidad son cualitativamente diferentes de las emociones darwinianas porque son perfiles de activación en el tiempo, son cambios pautados de la intensidad de la sensación y del tono hedónico en el tiempo; son múltiples formas del sentimiento que inciden constantemente en el organismo, ya que están involucrados en todos los procesos vitales, en cualquier movimiento, en cualquier acción, en cualquier expresión. Y dado que el bebé, desde que nace, percibe los procesos vitales y las acciones y movimientos y expresiones emocionales, tanto de sí mismo como de los otros, está desde el inicio inmerso en un mundo de afectos de la vitalidad.

Al hablar del tratamiento de las emociones en el ámbito del sistema de teoría de la mente resalté su enlace con el desarrollo del concepto de yo, de la comunicación intencionada y del lenguaje. Algo llamativamente distinto ocurre con el mundo emocional descrito por Stern: «los afectos de la vitalidad se vinculan, no con el lenguaje, sino con las artes temporales, no con la comunicación, sino con las experiencias de compartir, no con el concepto de yo, sino con la configuración del ‘sí mismo’».

Las artes temporales, la danza abstracta y la *música* son los modos de expresión por excelencia de los afectos de la vitalidad. Ellas revelan modos de sentir más que un sentimiento en particular; no transmiten afectos discretos, emociones como la tristeza o la alegría, sino modos de sentir dinámicos: la tristeza puede ser fugaz o dilatada, acelerarse o desvanecerse al igual que la alegría. Así también es el mundo social experimentado por el niño. La experiencia que describe Stern puede intuirse un poco más si se toma en cuenta que los afectos de la vitalidad son una experiencia transmodal, una experiencia en la que se aúnan la diversidad de sensaciones provenientes de diferentes modalidades en función de su perfil de activación, es decir, de las variaciones de la intensidad de las sensaciones. En la adultez, de la diversidad de sensaciones provenientes del extensísimo espectro de toda nuestra experiencia, «desde un torrente de luz a un torrente de pensamientos». En la infancia, de la diversidad de perfiles de activación provenientes de todas las modalidades –táctil, visual, auditiva, kinestésica– que el bebé experimenta en sí mismo y en los otros, en actos cotidianos y simples.

Los afectos de la vitalidad –al configurarse en grupos a través de la detección de invariantes en la repetición de las conductas y movimientos propios y del otro– permiten, junto con otros elementos, la constitución de un *sentido de sí mismo* (y del otro) nuclear y emergente. Estos modos de percatación no reflexivos, que no se encuentran en la esfera del concepto sino que pertenecen a la experiencia directa, generan formas de estar con el otro y son el lecho de roca existencial de las relaciones interpersonales. Pese a que se generan entre el nacimiento y los seis meses, persisten a lo largo de la vida y coexisten con otros sentidos de sí mismo que se construyen posteriormente y que suponen el camino hacia la abstracción y el concepto (como el sentido de sí mis-

mo verbal). Los sentidos de sí mismo nuclear y emergente sólo pueden ser aludidos, no descritos, los poetas –dice Stern– pueden evocarlos.

Los afectos de la vitalidad son difícilmente verbalizables, en cierto sentido son la antípoda del lenguaje. De acuerdo con Stern, con la adquisición del lenguaje el niño logra el acceso a una pertenencia cultural extraordinariamente más amplia, pero con el riesgo de acallar la globalidad y riqueza transmodal de la experiencia infantil original. Porque la experiencia del infante, que proviene de múltiples modalidades sensoriales traducibles unas a otras, cuando se liga a la palabra, se ancla en una única modalidad y queda aislada del flujo sensorial original. Pero, si bien en su uso ordinario el lenguaje sotierra el flujo de la experiencia global proveniente de múltiples modalidades, poéticamente es capaz de evocar una experiencia que lo trasciende.

En los últimos años, otros investigadores se han sumado a este modo de comprender el mundo emocional y a sus implicaciones en el desarrollo humano (Imberty, 2002; Dissanayake, 2000; Dissanayake y Miall, 2003; Español, 2005 y en prensa). Pero ciertamente no se puede predecir cuál será su futuro. Yo querría favorecer su cauce mostrando su tramado histórico con modos de comprender lo humano presentes en el pensamiento filosófico decimonónico. Porque Friderich Nietzsche, a finales del siglo XIX, dijo algo semejante.

Picó Sentelles (2005) recorre el concepto de música en Nietzsche, que puede sintetizarse en la cadena ontológica *Verdad-Música-Lenguaje*. La verdad radical –Dionisos (o la voluntad schopenhaueriana)– es el devenir, el uno primordial. El devenir no tiene correlato lingüístico porque su expresión no es de orden conceptual, es a-figurativo y a-lingüístico. Es irrepresentable porque la representación es un proceso de alejamiento gradual del estado original; pero la música al ser a-figurativa puede acceder a él. La música es el primer reflejo del devenir, los sonidos simbolizan los diferentes modos de placer y displacer sin ninguna representación concomitante. La música no expresa emociones o sentimientos (ellos están fijados por las representaciones), sino el sentimiento de la matriz de la existencia que no deberíamos llamar sentimiento. Lo que ella simboliza no cae en los parámetros de la representación, no es comunicable y es inabordable por el lenguaje. El lenguaje unifica bajo un solo concepto pensamientos y sentimientos diversos. El concepto es genérico, prescinde de las diferencias al proceder mediante abstracciones; omite lo individual para alcanzar el máximo de casos posibles. Y es ese terreno restringido de las abstracciones el ámbito de lo que puede ser comunicado. Creer que las abstracciones comunicables tienen un correlato en el mundo es un error que genera la ilusión de la verdad del lenguaje. La gramática es su poción mágica: no es una estructura dócil, neutra; al contrario, es una estructura que presiona y condiciona al articular los conceptos más generales. Y el concepto más falaz, aquel que hacemos sujeto de todas nuestras acciones, es el concepto de yo. El hombre es un prisionero de la gramática, somete la acción al poder

de las abstracciones, generaliza impresiones en conceptos más desteñidos y fríos para referir a ellos la línea de su vida y acción. Con el lenguaje se omite la pluralidad, pero se accede a algo que jamás se podría lograr con el mundo inmediato de las primeras impresiones: crear un mundo de leyes y subordinaciones y fijaciones más firme, más general, más conocido. Éste es el poder del lenguaje: crear un mundo nuevo. Pero es una creación teórica, no estética.

Sin embargo, la génesis del lenguaje tiene la marca de lo estético. Esto es lo que, según Nietzsche, a partir de Sócrates, ha sido ocultado en el desarrollo de la cultura occidental. El lenguaje comunica lo que puede ser traducido a conceptos, pero el sonido del lenguaje es una grieta en la estructura conceptual, por eso de él puede desprenderse algo que las fórmulas convencionales sintácticas no poseen. La música es el germen genético del lenguaje; pero para que el sonido la atravesase, para que persistan en ella los elementos musicales (armonía, dinamismo, ritmo), la composición sintáctica ha de ser flexible, se hace necesaria una manipulación, como la forma estrófica, la repetición variada de lo mismo. Entramos en el ámbito de la poesía que acontece cuando con la composición de palabras se imita la música (acentuando el ritmo, la armonía, la melodía de las palabras) al intentar captar el flujo a-figurativo, el eco sonoro del movimiento del devenir. Ella proviene de un estado de ánimo musical, pre-conceptual y a-figurativo, un estado no psicológico, porque trasciende la subjetividad individual; la sensibilidad afectada no es subjetiva sino aquella primordial que atraviesa la existencia del hombre y a ésta, la conciencia subjetiva no puede alcanzarla. La música, y la poesía en menor medida, conducen al seno del uno primordial. No es ésta una reunión amable porque la música revela el placer y el dolor del devenir. En este estado de embriaguez, el yo se disuelve, pierde su contenido y su historia y regresa al estado original.

El primer reflejo del devenir, el sentimiento musical del devenir, se asemeja a los afectos de la vitalidad en su naturaleza temporal y a-figurativa. Ambos se diferencian de las emociones darwinianas por ser modos de sentir que fluyen imposibles de ser atrapados en una tajada de tiempo, en una representación estática. Ninguno puede ser representado por el lenguaje, pero el lenguaje poético, el lenguaje musical, puede expresarlos. Ambos provienen de la experiencia directa de los sentidos sin caer en la generalidad de la abstracción. Los afectos de la vitalidad ayudan a conformar a través de la detección de invariantes, un sentido de sí mismo que difiere del concepto de yo. El concepto de yo, como cualquier concepto, supone la ausencia de pluralidad, de las diferencias particulares. La detección de invariantes está más cerca, en términos psicológicos, de la reacción circular baldwiniana que del concepto; requiere la repetición variada, no una abstracción. Ambos trascienden la subjetividad individual, uno conduce al seno del uno primordial, donde el yo se desintegra, otro da lugar a las expe-

riencias de intersubjetividad previas a cualquier concepto de yo. Hay mucho más que puede detallarse con los trabajos actuales en psicología del desarrollo. Por ejemplo, la forma estrófica está también presente en el habla –en el sonido del lenguaje– que los adultos dirigen al bebé; en realidad, el moldeado rítmico, dinámico y transmodal de la estimulación materna ocurre en las palabras, pero también en los movimientos y expresiones de los adultos, y tiene la virtud de conducir directamente a estados de comunión o intersubjetividad (Dissanayake, 2000; Dissanayake y Maill, 2003). Pero hay algo que deseo destacar: si uno se zambulle en el pensamiento nietzscheano, entonces todas las teorías de la psicología del desarrollo clásica pueden entenderse como versiones de «la ontogénesis del prisionero de la gramática» o «la ontogénesis de un error». Y ésta no es la idea de los que están actualmente mirando el desarrollo desde una perspectiva estética. El camino que conduce a la adquisición del concepto de yo, a la organización narrativa del mundo interpersonal no es un error, sino un camino trunco, porque desatiende los elementos no conceptuales, temporales y estéticos que lo atraviesan.

Referencias bibliográficas

- BRUNER, J. S. (1990, 1991): *Actos de significado*. Madrid, Alianza.
- DARWIN, CH. (1872/1998): *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*. Madrid, Alianza.
- DISSANAYAKE, E. (2000): «Antecedents of the temporal arts in Early mother-infant Interaction», en L. Wallin, B. Merker y S. Brown (eds.), *The Origins of Music*, pp. 389-410. Cambridge, MA, The MIT Press.
- DISSANAYAKE, E. y D. MIALL (2003): «The poetics of babytalk», *Human Nature*, 14(4), pp. 337-364.
- EKMAN, P. y W. FRIESEN (1971): «Constants across cultures in the face and emotions», *Journal of Personality and Social Structure*, 17, pp. 124-129.
- ENESCO, I. (2003) (coord.): *El desarrollo del bebé. Cognición, emoción y afectividad*. Madrid, Alianza.
- ESPAÑOL, S. (2005): «Ontogénesis de la experiencia estética. La actitud contemplativa y las artes temporales en la infancia», *Estudios de Psicología*, (26)2, pp. 139-137.
- (en prensa): «Time and movement in symbol formation», en J. Valsiner y A. Rosa (eds.), *Cambridge Handbook of Social-Cultural Psychology*. Cambridge University Press, Cambridge
- FERNÁNDEZ, T. R. (1998): *Consideraciones preliminares: La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*, pp. 7-34. Madrid, Alianza.

- GOPNIK, A. y A. N. MELTZOFF (1997/1999): *Palabras, pensamientos y teorías*. Madrid, Visor.
- HOBSON, R. P. (1993/1995): *El autismo y el desarrollo de la mente*. Madrid, Alianza.
- IMBERTY, M. (2002): «La musica e il bambino», en J. J. Nattiez (dir.), *Enciclopedia della Musica*, pp. 477-495. Torino, Giulio Einaudi Editore.
- IZARD, C. E. (1979): *The maximally discriminative facial movement coding system*. Newark, DE, University of Delaware Instructional Resource Center.
- LESLIE, A. M. (1987): «Pretense and Representation: The origin of “Theory of Mind”», *Psychological Review*, 94(4), 1987, pp. 412-426.
- PICÓ SENTELLES, D. (2005): *Filosofía de la escucha. El concepto de música en el pensamiento de Friedrich Nietzsche*. Barcelona, Crítica.
- RIVIÈRE, A. (1997/2003): «Teoría de la mente y metarrepresentación», en M. Belinchón, A. Rosa, M. Sotillo e I. Marichalar (comp.) (2003), *Ángel Rivière. Obras Escogidas*, I, pp. 191-231. Madrid, Panamericana.
- (1990): «Origen y desarrollo de la función simbólica en el niño», en J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (comps.), *Desarrollo psicológico y educación*, pp. 113-130. Madrid, Alianza.
- STERN, D. (1985/1991): *El mundo interpersonal del infante. Una perspectiva desde el psicoanálisis y la psicología evolutiva*. Buenos Aires, Paidós
- STERN, D. (1995/1997): *La constelación maternal. Un enfoque unificado de la psicoterapia con padres e hijos*. Barcelona, Paidós
- (2000): «Putting time back into our considerations of infant experience: a microdiachronic view», *Infant Mental Health Journal*, 21(1-2).
- TREUHB, S. (2000): «Human processing predispositions and musical universals», en N. L. Wallin, B. Merker y S. Brown (eds.), *The Origins of Music*, pp. 427-448. Cambridge, MA, The MIT Press.
- TREVARTHEN, C. (1998): «The concept and foundations of infant intersubjectivity», en S. Bråten (ed.), *Intersubjective Communication and Emotion in Early Ontogeny*, pp. 15-46. Cambridge, Cambridge University Press.
- (2000): «Musicality and the intrinsic motive pulse: evidence from human psychobiology and infant communication», *Musicae Scientia, Special Issue*, pp. 155-215.